

# EL REGRESO DEL BUEN SALVAJE

## “LA CASA ES COMO LA MÁMA”

CUANDO volvimos de París, donde estuvimos cuatro años, papá volvió ¡con un afán de ir a Tipacoque!, derecho a poner todo en orden —ideas de mamá seguramente. Finiquitó los pleitos. Hizo coger las goteras de la casa que tiene una fanegada de tejados, echarle una mano de cal a las paredes, podar los buganviles, resembrar la huerta con árboles frutales. Y, en sus delirios de arquitecto, elevó la torre de la capilla, le enarboló un gallo de veleta y plantó cuatro almenitas encima, ante el estupor del maestro Carmelito.

Hasta ahora, las puertas de la casa siempre han estado abiertas; tanto que los tipacoques, para ahorrarse camino, entraban por el portón de adelante, atravesaban la plazuela de la capilla y el saladero de las cabras para salir a la callejuela por el portón de atrás. En el corredor de adelante siempre había alguien esperando a papá para pedirle un consejo y a mamá se le presentaban con unos huevos amarrados en un pañuelo. En el corredor de lajas funcionaba el teléfono y Elsitita, la telefonista, cosía en su máquina. Las fiestas se sucedían en la plazuela y la misa de Gallo en la capilla.

—¡No se orinen en las matas! —gritaba mamá desde el corredor.

Pero dónde más, si viven a cinco horas a pie de ahí. No hay chino que no se haya saltado la tapia de la huerta para robarse las naranjas.

Pero Tipacoque se estaba quedando solo: apenas cumplían los quince años, los chinos se trepaban de ayudantes a un camión o a un bus que fuera a Cúcuta o a Bucaramanga (no querían seguir siendo campesinos), o si acaso a Venezuela, donde los bolívares alcanzan para vivir y hasta para mandar plata a la casa y comprar un lote de tierra.

Papá convenció a Carlos Lleras, entonces presidente, de que al pueblo que se había ido formando alrededor de la casa y a la orilla de la carretera lo elevara a municipio, pues en cuanto corregimiento dependiente de Soatá —pueblo vecino y godó— no nos iba muy bien. Buscó con esto darle un impulso al pueblo y destetarlo de Soatá. Logró hacer instituir la casa en monumento nacional, con el fin de preservarla y resguardarla de ser demolida o transformada, lo cual no quiere decir que haya dejado de ser propiedad privada, —como les ha dado a algunos por creer que la casa es de ellos y que por ejemplo allí deberían ser las sesiones del concejo. Pero les digo yo, ¿quién la barre, quién la cuida, quién coge las goteras, quién paga los impuestos?

## YO, EL ALCALDE

*Gobernar es esperar y desesperar... Gobernar es archivar...*

*Gobernar es esperar a que llegue el momento de firmar la nómina...*

[De Yo, el alcalde]

El municipio se creó en 1969. Papá fue nombrado su primer alcalde para darle un último empujón a Tipacoque y soltarlo a la vida pública. Sus amigos no podían creer que después de haber estado de embajador en París, con sueldo en dólares, se enterrara por setecientos pesos en ese lugar tan perdido.

Página anterior:

“La casa no es una arquitectura sino un ser que encierra una alma misteriosa... y al través de los siglos va adquiriendo una recia personalidad y una venerable belleza”. (*Diario de Tipacoque*).



“... tirado en la hamaca del corredor... Desde allí podré mirar por última vez cómo el sol dora el revoque de la capilla y en la espadaña un gallinazo sacude un momento las alas y luego se echa a volar sobre el abismo”. (*Diario de Tipacoque*).



“¿Con la mano en el pecho podría decir yo que el último de los albañiles y primero de los ingenios para echar cumbre, es Carmelito Álvarez?” (*Yo, el alcalde*).

El día de la inauguración hubo misa campal. La casa se llenó de gente: de boyacenses, de periodistas, de tipacoques. Llegaron los “Polillas” de la vereda de El Palmar, los “Inocentes” de La Carrera, de todas partes matachines con sus máscaras de diablos o de Fidel Castro y sus vestidos con randas de fique de colores. La parranda de Cañabravo, con su director y su campanita, presentó el baile de los arcos y el de la trenza, que los hay en tantos sitios del país. De la montaña bajó “la josa” —un hombre cubierto con esa maleza que acaba con los árboles— y un cazador de bigotes y fusil persiguiéndola. Y déle los chinos a molestar a los matachines, y los matachines a corretear a los chinos con una vejiga inflada que pega durísimo. Ternera a la llanera, cerveza y aguardiente para todo el mundo. Voladores y requintos, aunque no fuera diciembre, pero era fiesta. Fue todo un acontecimiento, hasta la Negra Grande de Colombia llegó a cantar. Y el país comprobó que Tipacoque no era un invento de un escritor: él mismo lo sacaba de su limbo literario y de su feudo familiar para convertirlo en pueblo.

Durante dos años papá se le entregó a Tipacoque en cuerpo y alma: “Soñar un pueblo para después gobernarlo...”. Lo primero que hizo fue construir la plaza, para lo cual cedió unos lotes y les pidió hacer otro tanto a los ricos del pueblo para terminar de enmarcarla. A las seis de la mañana ya estaba supervisando las obras y poniendo a hacer algo a todo el que encontraba desocupado. Un amigo suyo, el arquitecto Carlos Schloss, regaló los planos para la iglesia, bonita y sencilla: nada qué ver



“Soñar un pueblo para después gobernarlo”. (*Yo, el alcalde*).

con las enormes basílicas que a punta de bazares nunca terminan de construir los curas de pueblo —otra de sus obsesiones a la que dedicó centenares de artículos en el periódico. Pero a sus espaldas, Juan Delgado y los otros maestros de obra la iban elevando. Instaló las oficinas de la alcaldía en un ala apartada de la casa mientras el municipio recién nacido podía construir su palacio municipal. Una señora Julia Manera, sin conocerlo, le mandó un telegrama desde Cali ofreciéndose como secretaria, apelando a sus antepasados de Soatá, entusiasmada con el alcalde escritor y con la nueva figura administrativa. A los ocho días, rozagante, en medio de una nube de polvo, un bus la depositó frente a la casa. Resultó una excelente colaboradora y compañera. Don Clemente, un viejito de pelo blanco espelucado, de largo recorrido en la rama judicial, les enseñó todos los avatares de la administración pública. Y Elvia Sandoval de Rojas, también culpable de la creación del municipio, fue la primera personera. Sobrina de don Efraín Sandoval, el antiguo administrador y gamonal, y por haber pasado su adolescencia en Tipacoque en la época de la violencia, tenía un íntimo conocimiento de los tipacoques y de la política.

Con un buldózer prestado socavó el terreno para sentar la plaza; como era tan empinado, tuvo que hacerle una gradería de la que se burlaban mis hermanos diciéndole que era una réplica desmejorada de las pirámides aztecas; la revistió con lajas de piedra y la alumbró con unos antiguos faroles de la plaza de Bolívar



"... los veintiséis alcaldes del Chicamocha no recibimos al fin la visita del consejero presidencial proyectada desde hacía un mes..." (*Yo, el alcalde*).

que le regalaron. Construyó el matadero, baños públicos, un comedor para los viejos y una casita para el sargento Poblador y los tres policías. La Caja Agraria instaló oficina en el pueblo. Logró que la Compañía Colombiana de Tabaco fuera regularmente a comprárselo a los cosecheros, pues les tocaba ir a Puente Pinzón con su carga al hombro a lo que son tres horas de carretera en carro. El Instituto de Crédito Territorial levantó un barrio a un módico crédito. De la vieja fábrica de hilados y tejidos de San José de Suaita, fundada por don Lucas, llegaron lonas de colores para los toldos de la plaza de mercado. Empezó a abrir caminos vecinales que acercaran las veredas al centro y sembró árboles a lado y lado con los niños de las escuelas. Interesó a los jóvenes en la construcción del pueblo y participaron en el concejo. Apoyó al médico que estaba haciendo en su rural una investigación sobre la picadura del pito. Y llegó a la utopía de pensar que los municipios fueran administrados por un equipo de jóvenes: un abogado, un ingeniero, un arquitecto, un administrador de empresas, un experto agropecuario, haciendo, todos una especie de rural. También creyó en la unión de la provincia y se reunió con los veintiséis alcaldes de la hoya del Chicamocha para hacer peticiones conjuntas al gobierno departamental y al central y se inventó un banco común con un sistema de crédito que permitiera empeñar las rentas de los municipios a largo plazo para tener plata en efectivo y suplir sus necesidades.

*Es falso aquello de que Colombia sea un país de ciudades [...] Colombia es un país de ochocientos cincuenta pueblos miserables. Aunque digo mal. Tal vez la gente que vive en veredas, caseríos, lomas descarnadas, maniguas insalubres, ranchos perdidos en la espesura de la selva, es todavía más numerosa que la que languidece en los pueblos...*

[De *Yo, el alcalde*]



“... los “polillas” y matachines... desde Nochebuena hasta los Reyes iban brincando y cantando por los campos y zurrando a los chicos con una vejiga inflada...” (*Diario de Tipacoque*).

Consiguió un cura radiestesista que detectaba con un aparato dónde había agua, y encontró un ojo debajo del corredor de lajas de la casa, que para hacerla brotar hubiera habido que tumbar todos los cuartos de atrás, el patio de los granados y la antigua pesebrera. Pero debajo de la plaza del pueblo sí salió agua, instaló una fuente de piedra donde el que quiera puede ir a cogerla con su balde. A otro chorro que salió en una calle vecina le puso una cruz de hierro encima sobre unas piedras enormes, y su llavecita. Otro nacimiento más profundo lo aprovechó para hacer una piscina, donde los niños aprendían a nadar, pero últimamente se ha vuelto reunidero de políticos. Así como siempre les había insistido y apoyado a los tipacoques que conservaran sus fiestas tradicionales, en cuanto alcalde dejó una partida para ellas en el presupuesto municipal. Con Angelito Duarte, que iba en su mula a Covarachía por fique, inventaron la forma de hacer unos tapetes parecidos a los de cáñamo que había visto en España, que mamá traía a Artesanías de Colombia y organizó una cooperativa con varias mujeres.

Puso un televisor encima de la puerta de la alcaldía y la embajada gringa le regaló un proyector de cine, que yo fui a recibir; salí retratada en el periódico y todo. Con mamá alquilábamos películas de 16 mm donde el señor Bello, Películas Mexicanas y las monjitas paulinas. Todo terminó en que los señores de la Acción Comunal dijeron que ellos se hacían cargo del proyector, rompieron un vidrio y nunca se supo quién se lo robó, el caso es que el proyector no volvió a aparecer pero después, en la casa de no sé quién, miraban películas.

Llegaba a la casa juagado en sudor a escribir su columna para el periódico. La aprovechaba para pedir lo que por todos los medios en cuanto alcalde no había logrado; para exigir obras y atención de las entidades del Estado, o espolear a los políticos por sus falsas promesas. Y sin descanso, rogaba por la pavimentación de la carretera central del Norte que conduce a Cúcuta y fue la ruta de los libertadores. (En una pared del corredor de la casa hay una piedra que dice: “En esta casa almorzó el Libertador el 5 de diciembre de 1826 en su paso para Cúcuta”). La carretera conectaría con el país a esa región abandonada, y se podría convertir en entrada de comercio y turismo, todo para bien del país.



“¡Hágase un pueblo con plaza, calles, caminos, jardines, pilas, puentes, casas...!” (*Yo, el alcalde*).



“La literatura me aburre y me parece un pasatiempo idiota. Comprendo que he debido ser buldocero”. (*Yo, el alcalde*).

*Veinticinco días, cinco notas, tres telegramas sin contar éste, llevo pidiendo envíen mecánico fin reparar buldócer. Punto. Los buldoceros se aburren, los vecinos se exasperan, yo estoy con depresión nerviosa. Punto. Como ni telégrafo, ni teléfono, ni correo funcionan, favor informarme con un propio si existe código secreto o algún sistema distinto letras de mano para hacer que los gobernadores contesten.*

[De *Yo, el alcalde*]

¿Qué resultó de este experimento? Que el pueblo se acostumbró a que papá le siguiera consiguiendo todo. Y sólo de un tiempo para acá ha empezado a aprender los tejemanejes de la administración pública con todos sus vicios.



“Sobre todo los títeres abren a los niños y a los viejos el universo encantador de la poesía...”  
(Yo, el alcalde).

## ¡LLEGARON LOS TÍTERES!

Yo también me fui a vivir a Tipacoque durante la alcaldía. Hacía títeres y estaba validando bachillerato, así que sólo iba al colegio cuando necesitaba al profesor de física. El profesor Ospina me dibujaba carritos, trenes, y con él entendía perfecto todo eso de velocidad por trabajo sobre fuerza...o algo así. Pero al volver a Tipacoque, después de diez horas en bus a punta de vallenato, llanta pinchada, parada con anuncio del chofer “¡pasajeros a orinar!”, no volvía a entender nada.

Un día llegaron mis compañeros, los titiriteros de La Pulga Gótica. Avisamos que esa noche había función. Improvisamos el retablo en el marco de una puerta del corredor de atrás y el corredor se llenó de gente. La tela que esconde a los titiriteros tiene unos huequitos por donde se puede mirar al público, y yo alcancé a ver a los viejos riéndose a carcajadas como niños, a los niños energúmenos gritarles cosas a los “morracos”, a papá y mamá encantados con el espectáculo y a todos muertos de la risa. Yo había sentido una alegría inmensa en otras funciones, pero nunca emoción como esa. Papá quedó tan impresionado que escribió una obrita que nunca montamos, seguramente por pudor mío: es una especie de *Siervo sin tierra* pero en títeres. Se llama *Pleito de aguas* y tiene unos diálogos llenos de humor, calcados de las demandas que llegaban los campesinos a poner a la alcaldía, —pues todavía no había juzgado—. Papá tenía que administrar justicia y dirimir peleas, hasta el punto de tener que echar a alguno a la cárcel, como la vez que encerró a una pareja desavenida, y a los tres días salieron felices.

Después de esa función, fui a la escuela a invitar a los niños que quisieran aprender a hacer títeres, cuando al día siguiente veo entrar, con horror, un tropel de por lo menos doscientos niños. Afortunadamente fueron desertando pronto; cuando ya no quedaron sino unos diez, ahí sí nos empezamos a divertir. En los cuentos que inventaban se representaban a sí mismos, se burlaban de los grandes, parodiaban a los campesinos y eso eran las peleas, había que hacer turnos, todos como locos por salir a escena. Hicieron funciones con público en el corredor de la casa y en la



“El agua es la bendición de estas tierras... Proviene de la quebrada de Tipacoque que baja de la montaña...” (*Diario de Tipacoque*).

escuela, y cuando yo me volví para Bogotá del todo les dejé los muñecos. A los quince días me llegó un telegrama: que las maestras se los habían quitado, los habían guardado con llave y no se los dejaban sacar... Con el tiempo, niñas de entonces, como Nelly Garzón o Nelly Pérez que hoy son maestras, hacen títeres con los niños de las escuelas en las veredas. Pero creo que ellas tampoco les dejan llevarse los morracos para la casa...

## LA MONTAÑA

*El agua es la bendición de estas tierras. Sin ella no valen nada. Llamamos aquí fanegada regada la que recibe cada diecisiete días una teja de agua, que es la que escurre por una teja española durante ocho horas continuas...*

—¿Cuánta agua deja pasar la teja?

—De dos a tres litros por segundo. Proviene de la quebrada de Tipacoque que baja de la montaña, y en los veranos casi desaparece sorbida por los canales de riego [...] Los campesinos la celan y la persiguen como si fuera una muchacha..

[De *Diario de Tipacoque*]

La montaña está a espaldas de la casa, pertenece a la hacienda —como todavía le dicen los tipacoques. Papá y el tío Lucas se la cedieron al Incora en los años setenta cuando hubo un intento de reforma agraria pero el Incora la devolvió, dictaminando que se trataba de tierras no aptas para cultivar.

Porque la montaña es un bosque de robles centenarios, encenillos, cucharos, gaques, tovos, cedros, y de suerte, algún venadito o un armadillo que los parameros bajan para el altar del Corpus. Pues si los Calderones acabaron con los zorros, los tipacoques están acabando con el agua. Porque en la montaña nace la quebrada de los Micos y las otras que no me acuerdo cómo se llaman pero que riegan las veredas y le dan de beber al pueblo.



“La pila pesaba lo menos cincuenta arrobas, a ojo de camionero...” (*Yo, el alcalde*).



“—¿Por qué tumbaste el árbol, Chepito?  
—Por que de noche, en lo oscuro, le daba mucha sombra al camino”. (*Yo, el alcalde*).

En Tipacoque llueve muy poco, el agua se reparte y a cada lote se le escrituró su derecho de agua junto con la tierra. En la casa reposa el libro del agua donde se apuntan los turnos: cuántos días le corresponden a cada derecho, a quién y cuándo le toca para regar, para uso doméstico o para dar de beber a los animales; y para quién son las escurrajas —el agua que le escurre a uno del vecino de más arriba. A Pedro Barrera, por ejemplo, le toca la teja de agua cinco días con sus noches, y sus hijos la usan para lavar sus camiones. Serafín Ramírez, que tiene unos colinos de tabaco y cinco naranjos arriba de la huerta nuestra, tiene la teja tres días con sus noches, y eso que él apenas es un derecho, es decir, que tiene derecho —mediante una manguera que se le concedió— a beneficiarse del agua que baja para la huerta nuestra. A nosotros, vaya uno a saber por qué, sólo nos toca la teja de agua una noche cada veintiún días, y con eso hay que regar la huerta, los naranjos, los guayabos, los aguacates, los caobos, las palmas de dátil que están creciendo, las palmas de coco a las que Marco (ya no es Chepito, ahora es Marco) les echa sal marina a ver si se aclimatan. Esa teja de agua también tiene que alcanzar para rociar las matas del patio del pozo, para la lluvia de oro y los mayos —que así llamamos a las orquídeas—, para que el filtro de piedra siempre tenga agua fresca y llenar el pozo con sus pescaditos rojos. Para de vez en cuando regar la ñita que se trepa por las paredes de la capilla, las veraneras que son los mismos buganviles del Gimnasio Moderno pero en tierra caliente también florecen los rojos, los rosados, los solferinos, de color curuba, —en cambio el blanco sólo se da en Capitanejo; y todas las tardes los helechos del corredor, que están sembrados en esos chorotes de barro para el aguamiel. Con esa agua barrosa y con sapos de la quebrada también se llena la piscina, y los tanques de los baños, el lavadero, ¡y la única noche que nos toca la bendita teja de agua, hay que correr a la acequia con una linterna a cuidarla para que no se la roben.

¡Ah, la montaña! Me parece ver a papá peleando con Luis Pimiento por tumbar palos y echar ganado adentro. Pero es que hay que prender el fogón y darles leche a los chinos, levantarles rancho a las mujeres y sacarle siquiera dos cosechas a esa





Luis y Antonio el día de su primera comunión en Tipacoque, 1952.

alcalde varias veces, y el alcalde de ahora es hijo suyo. Porque cuando vivíamos allá, mamá nos obligaba a ponernos zapatos los domingos para que no se nos desacostumbraran los pies, pues vivíamos de alpargates o descalzos. Porque cuando íbamos llegando a la curva de la carretera desde la que se ve la torre de la capilla, y la casa, todos nos emocionábamos, y se nos hacía un nudo en la garganta al oír torear los voladores con que saludaban a papá, pues desde allá también nos habían visto. Porque en las fiestas una vez un matachín se quitó la máscara en un baño y nos mostró la cara al primo Santiago y a mí. Porque en una novena me pasearon por todo el pueblo en un burrito vestida de Virgen y otra vez, cuando el Álvaro Ramírez me sacó a bailar, el corazón se me puso a palpar muy aprisa. Porque mamá, que era tan previsiva, me enseñó todo lo de la parcelación y ésta es la hora en que sigo haciendo escrituras. Porque cuando ella se murió yo seguí yendo a Tipacoque con papá, donde se preocupaban por quién lo seguiría “acompañando”. Porque con Chepito he conocido la montaña donde una vez tuve que subir con la jueza y máquina de escribir, a ponerle una caución a un Pimiento que había talado un pedazo de bosque, y fui incapaz de hacerle quemar su sembrado. Porque he tenido que pelearme el agua con Saúl y con los derechoantes de la toma leyvana. Porque a mí también me dio porque me podía ir a vivir allá y eché azadón, limpié con una teja los naranjos de la huerta, jugué tute con los muchachos en las tiendas y en una fiesta me enamoré de un ayudante de camión sin saber que él había apostado con un amigo cinco mil pesos a que me conquistaba. Porque hay viejos que me confunden con mamá, porque se me sigue acelerando el corazón en la curva de la carretera cada vez que voy llegando y ahora tengo una tristeza enorme porque me acabo de enterar de que se murió Pedrito Roa.



*Siervo sin tierra* en portugués, francés, italiano, alemán, ruso, serbocroata. Y también (no en la fotografía) en chino y coreano.

México, D.F.  
 Mayo 1 de 1967

Mi querido colega y amigo:  
 Editorial Veracruzana me hizo llegar su carta con un cierto retraso.

El plan editorial que usted me esboza es verdaderamente tentador, pero hace unos meses firmé un contrato con editorial Sudamericana de Buenos Aires, en virtud del cual esta adquirió los derechos en español de "toda mi obra pasada y futura".

De todos modos, le he mandado a Sudamericana los datos esenciales de su carta, con la esperanza de que ellos no encuentren una incompatibilidad insalvable entre sus propios planes y el que usted me presenta. Tan pronto como tenga una respuesta en cualquier sentido volveré a escribirle a usted.

Aprovecho esta ocasión para decirle que "El Buen Salvaje" me gustó muchísimo, y espero poder repetírselo con más detalles y personalmente en la primera semana de julio, cuando haga en Bogotá una escala de breves días de paso para Buenos Aires.

Mientras tanto, reciba un gran abrazo,

**GABRIEL**  
 Gabriel García Márquez  
 La Loma 19  
 México 20, D.F.

Carta de Gabriel García Márquez.

ERNESTO SÁBATO

3 de mayo

Estimado Sr C. Calderón:

Le agradezco su carta. También recibí carta del Sr. Ortega Spottorno, acompañándome contrato. Pero aquí la editorial Sudamericana y la editorial Losada sólo permitirían esa edición si es de tipo antológico, pues eso se estila. De otro modo creo que no va a ser posible ni conmigo ni con ninguno de los autores importantes, ya que todos tienen contratos similares con las grandes editoriales. Me podría usted informar qué autores y qué títulos tienen ya comprometidos? Porque si hay ya algún antecedente entre los escritores conocidos se facilitaría la concesión de las editoriales mías. A la espera de sus noticias, muy cordialmente

E. Sábato

Carta de Ernesto Sábato.

London, 29 de abril, 1967.

Señor  
Eduardo Caballero Calderón  
Bogotá

Querido y admirado amigo,

Le ruego que me disculpe por contestar su amable carta con tanta reticencia, pero sólo ayer llegó a mis manos. No me explico por qué demoré tanto la editorial en su respuesta. O mejor dicho, me lo explicó muy bien: es un querer dar espacio, ya lo sabe usted, con tan importantes como nosotros, los sudamericanos. Le agradezco mucho que haya pensado incluir un libro mío en su colección que proyecta la Revista de Occidente y le aseguro que está oferta me ha conmovido. Pienso, desgraciadamente, que Sr. Barral no autorizará la publicación en España por otra editorial de un tema de un libro de novelas, pues ambas han sido editadas hace relativamente poco tiempo y, como es natural, la nueva edición, a precio más bajo, les sería perjudicial (en términos económicos). Hace algún tiempo Sr. Barral se opuso a un proyecto parecido de una editorial catalana, que quería hacer una edición popular de sus primeras novelas. De otro lado, como Sr. Barral ha actuado siempre conmigo de manera muy correcta y generosa jamás me he puesto a deber disculpar esta decisión. De hecho, incluso voy a escribir hoy mismo a Carlos Barral y a explicarle el asunto. En caso de que consintiera le pediré que el mismo se ponga en contacto con usted, pues por contrato, yo estoy obligado de firmar cualquier acuerdo relativo a mis dos novelas (Sr. Barral tiene todos los derechos). Creo que el proyecto "Cinco de Historia" es magnífico y que puede contribuir de manera decisiva a divulgar una novela en España (donde nuestros autores se conocen tan poco) y en la nueva América, donde la comunicación editorial de país a país se ha hecho tan difícil.

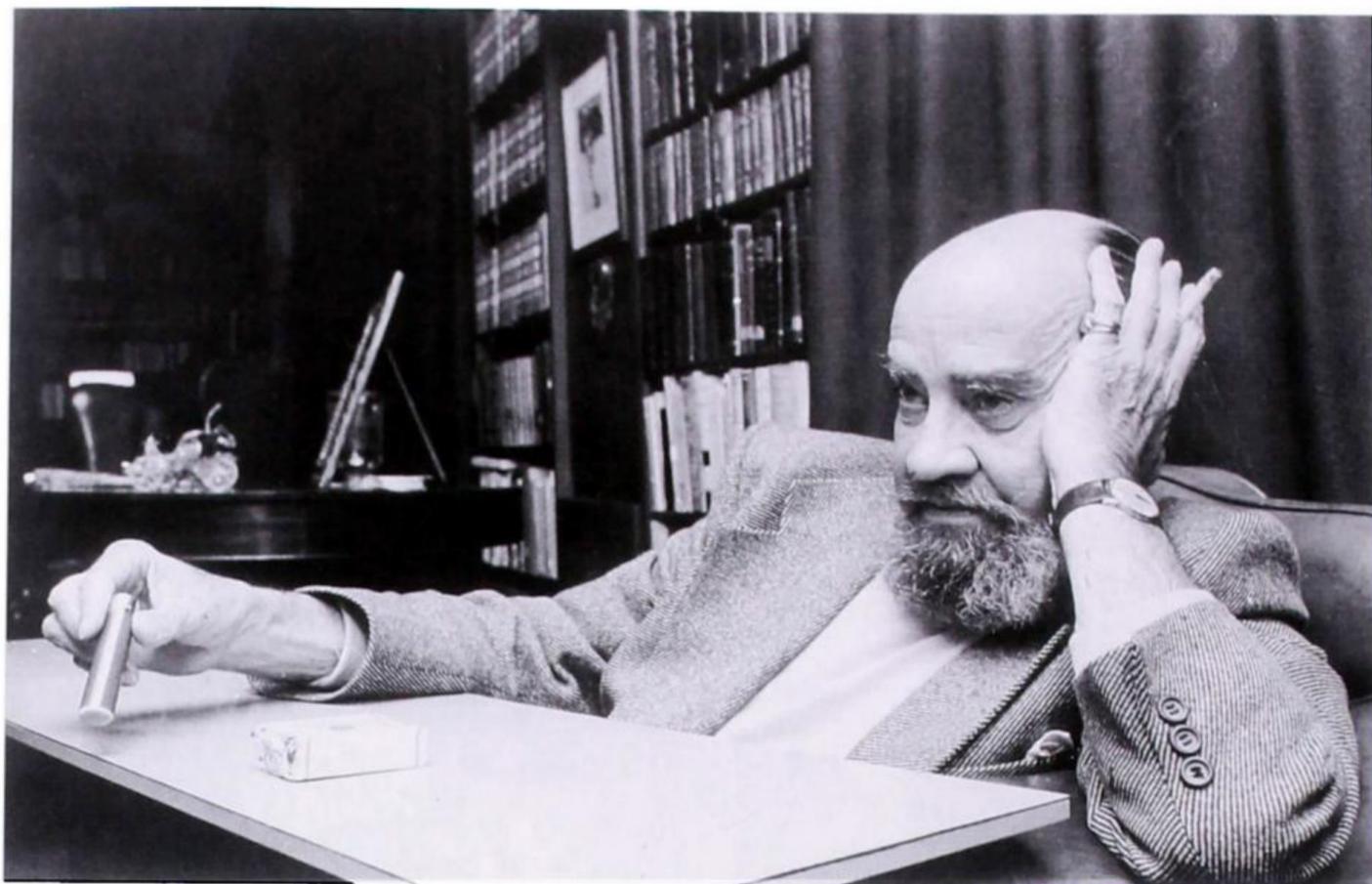
Nuevamente le reitero mi agradecimiento, y quedo a su entera disposición en London, para cualquier cosa que se le ofrezca.

Con un afectuoso saludo de su amigo,

Mario Vargas Llosa  
7, Phi Beach Gardens  
London S. W. 5

Mario Vargas Llosa

Carta de Mario Vargas Llosa.



El reconocimiento.

## **EL RECONOCIMIENTO**

*Siervo sin tierra* es traducido al ruso, italiano, portugués, francés, alemán, serbocroata y chino. La Revista de Occidente le propone preparar la colección Cimas de América. Él busca a escritores del *boom* y edita a los que no se les presenta interferencia con las editoriales: en principio, un escritor no puede tener un mismo libro en dos editoriales distintas al mismo tiempo. Es jurado del premio hispanoamericano de novela Villa Madrid, que se concede en España. Viaja a Estados Unidos invitado por varias universidades, convertido en tema de estudio y de tesis. Hace rato se ha constituido en figura respetable de las letras colombianas pero los homenajes y entrevistas, tímido como es, lo atormentan.

## **EL CINE Y LA TELEVISIÓN**

*Lo que a mí me toma describir en una página, la cámara lo muestra en un instante...*

Desde hacía años le llegaban propuestas de llevar sus novelas al cine pero ninguna cuajaba. La idea lo entusiasmaba y siempre recordaba su participación en Panamerican Films como guionista de un documental sobre el ingenio de azúcar Manuelita. Firmó cartas de intención de películas que nunca se llegaron a realizar pues hacer cine en Colombia ha sido siempre una utopía.

La primera adaptación que se llevó a cabo fue la de *El buen salvaje* para la televisión en 1968. Fernando Gómez Agudelo en RTI fue el primero en llevar a la televisión novelas de escritores colombianos reconocidos. En esa época se hacía todo al aire, y papá recibía los libretos al mismo tiempo que los actores, de manera que las correcciones que hacía no se alcanzaban a incluir. Un día fue a conocerlo Jorge Alí Triana, quien hacía el papel principal, de "buen salvaje" y acababa de llegar de Checoslovaquia; yo le abrí la puerta. Cómo serían su timidez y sus nervios que,



Jorge Alí Triana en *El buen salvaje*, RTI Televisión (1968) y director de *El Cristo de espaldas*, TV Cine (1987).



En el rodaje de *Cain*: Sogamoso, 1984. De izquierda a derecha: Jorge Emilio Salazar, Luis Guillermo Nieto, Gustavo Nieto Roa, Armando Gutiérrez (y adelante) Martha Liliana Ruiz y ECC.



Retrato de ECC por Luis Caballero.

después de saludar y que papá le dijera “Siéntate”, se sentó encima de mi tiple, ¡y lo volvió astillas! Su compañera de reparto fue María Eugenia Dávila, y también actuaba Carolina Trujillo.

En 1984 y gracias a Focine (Instituto de Fomento Cinematográfico), Gustavo Nieto Roa hizo *Caín* en cine. Todo empezó porque Juan Escobar, el marido de Celmira Luzardo, vio las posibilidades que tenía la novela de convertirse en una buena película. Celmira le propuso a Gustavo que fuera el productor. Benjamín Villegas aspiraba a dirigirla. Cuando fueron a escribir el guión y no fueron capaces, acudieron a papá. Aunque nunca había incursionado en ese género, él en una sentada tachó partes del libro suprimiendo sus largas descripciones del paisaje y reemplazó por acciones y diálogos los monólogos interiores de los personajes. Yo le serví de amanuense, asesorada por un amigo que también estaba aprendiendo el oficio, y con los cambios que surgieron de las discusiones que sostuvimos con todo el grupo, yo hice la versión final —que no es la que finalmente se filmó, ni Celmira fue la actriz, ni Benjamín Villegas codirigió.

—¿Cómo puedo confiar yo en ti, Gustavo, si eres chulavita...? —le decía papá a Nieto Roa, entre chiste y chanza. Sin embargo, desde el primer instante papá comprendió que su obra ya no le pertenecía, y se la entregó a sabiendas de que tenía una sensibilidad totalmente diferente a la suya. En la película de Nieto Roa, Armando Gutiérrez hizo un excelente Caín, Jorge Emilio Salazar fue Abel y Marta Liliana Ruiz fue Margarita.

*La historia de dos hermanos* la produjo RTI ese mismo año en un estudio, bajo la dirección de Boris Roth, con Gustavo Angarita como protagonista, Víctor Mallarino y Humberto Arango.

*El Cristo de espaldas* lo realizó Tevecine en 1987, con libreto y dirección de Jorge Alí Triana. Fue la primera vez que se realizó un programa unitario de hora y media para la televisión. Se pasó un 8 de diciembre y al año siguiente se repitió. Aquí sucedió una cosa muy curiosa: el personaje central de la novela, el cura, era Jorge Emilio Salazar, que en paz descansa. Pero como Luis Fernando Montoya hizo una excelente interpretación de Anacleto, el pivote de la historia se desbalanceó y se recargó sobre él, dándole un giro diferente al planteado en la novela. Yo fui segunda asistente de dirección; Silvia Maya, la primera.

RCN compró los derechos de *Siervo sin tierra* en la época en que se hizo la *María* de Jorge Isaacs, *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama y *Mi alma se la dejó al diablo* de Castro Caycedo, pero aún no se ha realizado.

Si se pone uno a ver, Caballero Calderón ha sido el autor colombiano más llevado al lenguaje visual. Porque ante todo es un escritor, sabe contar historias. Sus paisajes, inmediatamente se reconocen y sobre todo, sus personajes se debaten entre toda clase de sentimientos y por tratar de sobreponerse a su destino llegan a ser heroicos. Y el cine es cosa de mitos y de héroes.